

SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Juan Pablo II

Discurso

ENCUENTRO DE CUARESMA CON
EL CLERO DE LA DIÓCESIS DE ROMA 2003

Encuentro de Cuaresma con el clero de la diócesis de Roma 2003

6 de marzo de 2003

Discurso inaugural

Señor cardenal; venerados hermanos en el episcopado; amadísimos sacerdotes romanos:

1. Nuestro habitual encuentro al inicio de la Cuaresma tiene lugar este año, como ha subrayado el Cardenal Vicario, en el vigésimo quinto año de mi servicio pastoral como obispo de Roma. Es un aniversario que recuerda el ministerio sacerdotal, en el que el obispo y sus sacerdotes están íntimamente unidos con la certeza del don que Dios les ha concedido y con el compromiso de "corresponder", entregando con alegría su vida al servicio de Cristo y de los hermanos.

Os saludo con afecto a todos y cada uno y os agradezco el servicio generoso que prestáis a la Iglesia de Roma. Os agradezco sobre todo el clima que se ha creado hoy: un clima especial, podríamos decir, abierto. Saludo y doy las gracias al cardenal vicario, al vicerrector, a los obispos auxiliares y a quienes

su corazón en nuestro corazón. Si queremos de verdad que nuestras comunidades sean «*escuelas de oración*» (cf. *Novo millennio ineunte*, 33), nosotros primero debemos ser hombres de oración, entrando, por tanto, en la escuela de Jesús, de María y de los santos, *maestros de oración*.

El corazón de la oración cristiana y la clave del misterio de nuestro sacerdocio es, sin duda, *la Eucaristía*. Por eso la celebración de la santa misa ha de ser, para cada uno de nosotros, el centro de la vida y el momento más importante de cada jornada. Amadísimos hermanos, en realidad, no tenemos alternativa. Si no procuramos avanzar, de modo humilde pero confiado, *por el camino de nuestra santificación*, terminaremos por contentarnos con pequeñas componendas, que poco a poco se hacen más graves y pueden desembocar incluso en la traición, abierta o encubierta, al amor de predilección con el que Dios nos ha amado al llamarnos al sacerdocio.

4. El don del Espíritu, que nos une a Cristo y al Padre, nos vincula indisolublemente al cuerpo de Cristo y a la esposa de Cristo que es *la Iglesia*. Para ser sacerdotes según el corazón de Cristo, debemos amar a la Iglesia como él la amó, entregándose a sí mismo por ella (cf. Ef 5,25). No debemos tener miedo de identificarnos con la Iglesia, entregándonos por ella. Debemos ser, con autenticidad y generosidad, *hombres de Iglesia*.

El vínculo del sacerdote con la Iglesia se desarrolla según *la dinámica típicamente cristológica del buen Pastor*, que es al mismo tiempo cabeza y siervo del pueblo de Dios. Es, esencialmente, *hombre de comunión*, que no se cansa de construir la comunidad cristiana como «*casa y escuela de la comunión*» (cf. *Novo millennio ineunte*, 43). El Sínodo que celebramos de 1986 a 1993 fue en concreto, para toda la diócesis de Roma, gran escuela de comunión, y corresponde ante todo al sacerdote hacer que este mensaje del Sínodo se haga realidad en la vida diaria de las comunidades. Pero esto requiere que sea él el primero en *dar ejemplo y testimonio de comunión dentro del presbiterio diocesano* y en las relaciones con los demás sacerdotes que viven y desempeñan su ministerio en la misma parroquia o comunidad. La experiencia pastoral confirma que la comunión entre los sacerdotes contribuye en gran medida a hacer creíble y fecundo su ministerio, según las palabras de Jesús: «*En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros*» (Jn 13,35).

Gracias por este encuentro. Gracias también por el regalo del libro, recién impreso, en el que se han recogido los textos de los discursos que os he dirigido en los encuentros de inicio de la Cuaresma, a partir del 2-3-1979. Espero que también esta iniciativa sirva para mantener vivo y fecundo el diálogo que se ha entablado entre nosotros a lo largo de estos años.

Os bendigo a todos de corazón y, juntamente con vosotros, bendigo a las comunidades que os han sido confiadas.

Palabras finales

Son ya casi veinticinco años. Estoy en mi vigésimo quinto año. Mi vida sacerdotal comienza en el año 1946, con la ordenación, que recibí de manos de mi gran predecesor en Cracovia, el cardenal Adam Stefan Sapieha. Después de doce años, en 1958, fui llamado al episcopado. Así, desde 1958, han pasado ya cuarenta y cinco años de episcopado. Bastantes. De estos cuarenta y cinco años, veinte en Cracovia, primero como auxiliar, luego como vicario capitular, y finalmente como arzobispo metropolitano y cardenal. Y veinticinco años en Roma. Así, con estos cálculos se ve que he llegado a ser más romano que *cracoviensis*. Pero todo esto es Providencia.

El encuentro de hoy me recuerda los numerosos encuentros que tuve con los sacerdotes en mi primera diócesis, Cracovia. Debo decir que eran encuentros más frecuentes. Sobre todo pude visitar muchas parroquias. También en Roma he visitado trescientas de trescientas cuarenta. Todavía me faltan algunas. Puedo decir que vivo aún con este capital, que recogí en Cracovia: capital de experiencias, pero no sólo eso: también de reflexiones, de todo lo que me dio el ministerio sacerdotal y luego episcopal.

Debo confesar ante vosotros, párrocos, que nunca fui párroco; sólo fui vicepárroco. Y luego, sobre todo, fui profesor en el seminario y en la universidad. Mi experiencia es principalmente de cátedra universitaria. Pero, aun sin experiencia directa, inmediata, de ser párroco, siempre tuve muchos contactos con los párrocos, y puedo decir que me comunicaron su experiencia